

México, D.F., 10 de junio de 2004.

Versión estenográfica del mensaje de la señora Marta de Fox durante su participación en la 9ª Conferencia Regional sobre la Mujer de América Latina y el Caribe, organizado por la CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) y celebrado en el Auditorio Alfonso García Robles de la Secretaría de Relaciones Exteriores, en esta ciudad.

Muy buenos días, muy agradecida por permitirme esta aquí, y quisiera dar una felicitación de verdad sentida, calurosa a la realización del video, me parece que es extraordinario en todos sus aspectos, muchas felicidades a quienes lo lograron.

Las mujeres hemos estado, casi al margen de la memoria histórica. También en ocasiones de la memoria colectiva. El siglo veintiuno sin duda es y será testigo del fin de esta injusticia.

México puede estar orgulloso, porque hoy, aquí, la CEPAL contribuye a recuperar esa memoria para muchos perdida.

Muy buenos días, señora Carolyn Hannan, Directora de la División para el Adelanto de la Mujer de la Organización de las Naciones Unidas; señor Secretario Ejecutivo de la CEPAL, José Luis Machinea, gracias por acompañarnos; señora Sonia Montaña, Jefa de la Unidad Mujer y Desarrollo de la CEPAL; señora Rebeca Grynspan, Directora de la Sede Subregional de la CEPAL en México.

Señora y señores Diputados, representantes de la sociedad civil. Señora Patricia Espinosa Torres, Presidenta del Instituto Nacional de las Mujeres; señora Patricia Olamendi, Subsecretaria para los Temas Globales. Muy distinguidos y distinguidas miembros del presidium, distinguidos y distinguidas representantes.

Y muy queridas mujeres hoy homenajeadas, algunas presentes, muchas ausentes, queridas amigas, queridos amigos: Es un privilegio para mí el participar en la Novena Conferencia Regional sobre la Mujer de América Latina y el Caribe, que organiza la CEPAL. Les expreso por ello mi más profundo agradecimiento que va acompañado de mis mejores deseos de éxito en sus trabajos.

Han pasado casi tres décadas desde la primera Conferencia Mundial de la Mujer, que se llevó a cabo en nuestro país. México fue la sede de uno de los acontecimientos históricos más relevantes relacionados con la reivindicación de los derechos de las mujeres.

Si bien no podemos hoy afirmar que la exigencia de dichos derechos inició ese año, sí es posible decir que se consolidó, como ya se ha dicho aquí, el principio de un largo caminar en la historia de las mujeres. De ahí pues su grandeza histórica.

La Primera Conferencia Mundial de la Mujer abrió, sin duda, un diálogo de alcance global sobre la igualdad de género. A partir de ese momento, comenzarían a perfilarse nuevos rumbos para la humanidad y se generarían condiciones nuevas para incorporar a las mujeres a los procesos de decisiones que les competían y en los que no podían opinar y mucho menos, participar.

El proceso de estas conferencias se caracterizó por ser una dinámica de aprendizaje continuo, que comprendería las deliberaciones, la negociación, el establecimiento de objetivos, la identificación de obstáculos y el examen del progreso alcanzado.

Los trabajos realizados por la Asamblea General de las Naciones Unidas, y la respuesta obtenida por los Estados Miembros, permitieron a la Primera Conferencia Mundial de la Mujer definir diagnósticos, objetivos y metas que trascenderían en el tiempo y los espacios geográficos.

La igualdad plena, la eliminación de cualquier tipo de discriminación, la integración y participación en el desarrollo y la contribución en el fortalecimiento de la paz mundial, fueron mucho más que la base de la labor de la ONU. Para las mujeres representó un camino institucional y legítimo, que abriría nuevos cauces en nuestras necesidades apremiantes de empoderamiento.

Sé que la labor ha sido ardua y ha sido difícil. También sé que nuestros innegables avances se los debemos a la actividad constante, firmeza y comprometida de muchas, pero muchas mujeres. Por esto es indispensable, al recordar los sucesos y su relevancia, recordar a quienes forjaron ese gran esfuerzo. Se trata de mujeres valientes y visionarias.

Mujeres, muchas veces, muchas veces anónimas, que desde diversas trincheras han hecho despliegue de una gran convicción, de una gran fuerza, de una gran responsabilidad y sobre todo, con un inmenso sentido de la justicia, siempre inconformes ante la desigualdad y permanentemente creadoras y propositivas.

A cada una de esas mujeres que dejaron una huella en la historia, todo nuestro agradecimiento y nuestro reconocimiento. Sería mi deseo que estuvieran todas presentes en este muy merecido homenaje. Ante esta imposibilidad, ante la imposibilidad de lograr ese deseo, quisiera reconocer públicamente como ya se ha hecho, la labor de Aída González Martínez y de Carmen Barroso, quienes a nombre de las mujeres mexicanas y latinoamericanas participaron en aquella primera histórica Conferencia de 1975 realizada en la Ciudad de México, reciban de verdad un sentido homenaje.

La lista que hemos aquí escuchado previamente incluye a algunas de las más ilustres inteligencias de nuestro país y, sin duda, a mujeres comprometidas y con un gran sentido de la historia. Algunas de ellas desafortunadamente ya no están con nosotros, y creo que ustedes coincidirán conmigo en que este es un momento y una oportunidad para honrar su memoria.

Su labor, distinguidas señoras, ha constituido un legado invaluable para todas las mujeres, no solamente de México y de la región de América Latina y el Caribe, sino del planeta entero. Acepten el reconocimiento público por parte no sólo de los aquí presentes sino también, estoy segura, de las miles y miles de mujeres que gracias a ustedes han mejorado su calidad de vida y han aprendido a hacer uso de su voz y de su propia responsabilidad.

El Presidente de México, Vicente Fox, les envía un caluroso y afectuoso saludo, ya estuvo él aquí y les reitera su compromiso con la equidad y con los derechos de todas las mujeres.

Amigas, amigos: Hoy el mundo puede ser imaginado de otra manera. Hoy la esperanza de una vida equitativa entre hombres y mujeres dejó de ser quimera para convertirse en certidumbre. La gran tarea que están realizando los organismos internacionales, junto con la labor responsable de nuestros gobiernos, estimula, favorece y propicia la participación activa de la sociedad civil.

En las actuales circunstancias es un hecho que los gobiernos no pueden con todo y que las sociedades tampoco pueden solas. Nuestros países experimentan un cambio cultural paulatino pero constante. Si somos capaces de mantener el rumbo, el futuro no sólo será viable sino también factible.

Con resultados lo han ustedes demostrado. Con resultados lo estamos demostrando. Con resultados hemos probado que no queremos imponer. Con resultados hemos llamado la atención de todo el mundo, dejando siempre claro que lo que queremos es convencer, es sumar.

Nairobi, Copenhague, Beijing, Nueva York, Cairo, Mar de Plata, Lima y México, entre muchos otros foros, nos han marcado una ruta y un destino bien claros.

El esfuerzo que estamos haciendo las mujeres transita en esa dirección. Esa es la dirección correcta. Y estoy de acuerdo que no podemos volver atrás. La causa de las mujeres, nuestra causa, conforma un gran proyecto que no puede verse aislado. Cada logro obtenido trae consigo beneficios tangibles para la sociedad entera.

Como mujer comprometida con mi género, me sumo a su muy loable labor, a su incansable trabajo, a su gran ejemplo y me comprometo con el género plenamente.

De ustedes he aprendido la necesidad de promover el cambio y su ejemplo para mí ha sido de verdad invaluable. Muchas, muchas gracias.

Las mujeres estamos en movimiento, qué no quepa la menor duda. Sin embargo, las palabras y las buenas intenciones no son suficientes. Necesitamos algo más. Necesitamos ir por más.

Necesitamos el empoderamiento y la acción. Sin ello no hay futuro.

El empoderamiento es necesidad básica si queremos servir a los demás, si pretendemos velar por nuestros derechos, si queremos vivir con justicia y equidad, si aspiramos todas al bien común.

Las mujeres hemos ya aprendido a exigir, sí.

Pero al mismo tiempo aportamos, proponemos, negociamos, dialogamos y nos sumamos.

Sabemos construir en la diversidad.

Tenemos toda la capacidad. Exigimos derechos y respeto porque sabemos asumir obligaciones y dignidad.

Decimos no al conflicto y decimos no a la confrontación. Decimos sí a la paz y decimos sí al diálogo y al acuerdo de género.

Nada por la fuerza. Todo con la energía de la solidaridad. Todo con la energía del amor, como sólo nosotras las mujeres -por nuestra propia condición de mujer- lo podemos expresar.

A este movimiento, a nuestro movimiento, ya nada ni nadie lo detiene.

Es firme, sólido, es irreversible. Tiene el apoyo y el respaldo de los grandes organismos internacionales, de nuestros gobiernos, de nuestras sociedades, de muchos hombres y de cada vez más de nosotras las mujeres.

Comprendemos que hay prioridades. Si aspiramos a la justicia, justo es que los beneficios de nuestra actividad lleguen primero también a quien más lo necesita: a los pobres, a las pobres, a los vulnerables, a los marginados, a los excluidos, a quienes son víctimas de la violencia, del maltrato, de la enfermedad, del abuso, del abuso en cualquiera de sus expresiones.

El futuro y la esperanza han dejado de ser propiedad de una parte de la humanidad.

El futuro y la esperanza nos pertenece, por igual, a todos y a todas.

Sin embargo, no podemos engañarnos. Aún falta mucho por hacer. La realidad sigue siendo implacable para cientos de millones de mujeres en nuestra región.

Las cifras e indicadores que aquí analizarán son más que elocuentes.

Estoy de acuerdo con todas ustedes que ¡llegó la hora!

Es la hora de cumplir cabalmente los compromisos internacionales.

Es la hora de llevar el valor, la audacia y la innovación a niveles nunca antes vistos. Es la hora de aprovechar todas las oportunidades que se nos presentan.

Mujeres, amigas ¡Cumplamos hoy, en pleno uso de nuestra libertad cabalmente con el compromiso que hemos hecho con la historia!

Muchísimas gracias.